

GERMINAL

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Madrid..... { Trimestre..... 2 pts.
Año..... 7 —
Provincias.. { Trimestre..... 2,50 —
Año..... 9 —
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 50.
25 ejemplares, 3,50 pesetas.

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

Redacción: LIBERTAD, 29, Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

SUMARIO.

TEXTO.

Trata de blancas, J.—El nuevo Gobierno.—Los carlistas en París, I. L. L.—Rápida, D.—La sociedad (soneto), Manuel de la Revilla.—El peligro agrario, Ernesto Bark.—Deportado, Ramiro de Maeztu.—Mendiga, J. Jurado de la Parra.—Los dos dolores, J. Verdes Montenegro.—Los enemigos del socialismo, Santiago Valentí Camp.—El cantar de la esperanza (poesía), Salvador González Anaya.—Los explotados, J. Dicenta.—La muerte de un periodista, I. L. Lapuya.—Croniquilla, Gil Parrado.—Un cliché, Rotuney.—La muerte del Duque de M., Alfonso Daudet.—Combinación, M.—Metamorfosis, Eduardo Zamacois.—...That is the question, Ricardo Fuente.—El cielo claro (poesía), Ricardo J. Catarineu.—Los dos ciegos, Joaquín Segura.—Abajo los libros, S.—¿Lo harán ellos?—Cosas.

GRABADOS.

Trata de blancas, Sorolla.—Un ventorrillo, Moreno Carbonero.—El cementerio del pueblo, Fillol.—Bacantes, Rubens.—Soldados turcos.—Vendedores.

NUEVO GOBIERNO.

¿Y qué?...

Esto es lo único que se nos ocurre decir á los que sin esperar credenciales, ni lograrías, presenciamos el advenimiento al poder de Sagasta.

Ya ha subido Sagasta; ya ha caído Azcárraga... Perfectamente. Sagasta es más simpático que el otro; su partido está menos partido que el conservador, pero ni sus simpatías, ni su partido, conseguirán resolver nada beneficioso para los intereses del país.

Dejemos á un lado la cuestión cubana, cosa resuelta porque á ninguno de los partidos militantes, ni siquiera al echado, poco menos que á puntapiés, se les oculta la necesidad de conceder á Cuba una autonomía completa, radical... Dejemos á un lado eso y veamos si el nuevo Gobierno puede responder á las exigencias de España, remediar su horrible situación. Veámoslo, que el asunto bien vale la pena de estudiarlo un poco.

¿Cómo va á resolver el partido liberal la cuestión económica? ¿En qué capítulo del presupuesto de gastos va á poner mano para impedir la bancarrota que se avecina?

¿Serán los 9.500.000 pesetas que se traga la real casa los que se supriman ó cercenen para conjurar el peligro? No, seguramente. Los sentimientos monárquicos del nuevo Gobierno, le impiden tocar al salario de las instituciones.

¿Serán los cincuenta y pico de millones gastados anualmente en sostener arzobispos, obispos, canónigos y curas, que invierten sus ocios en excomulgar á gentes honradas por lo común, en tronar desde el púlpito contra el liberalismo que les llena el bolsillo, en ayudar á Don Carlos y en imbecilizar á los hombres? ¡Ah!... No. Los sentimientos católicos del nuevo Gobierno se oponen á tamaño desahucio contra nuestras venerandas y traquinas instituciones religiosas. Ni un céntimo de ese capítulo de gastos puede suprimirse. ¿Qué dirían arriba? ¿Qué dirían abajo?

¿Qué cara pondrían las señoras de los gobernantes?... Dejar sin comer á los obispos..., á los curas... ¡qué atrocidad!... Separar á la Iglesia del Estado, ¡qué horror! No; son tales cosas para progresistas resellados...

De los 150 millones de pesetas que se dedican al sostenimiento del ejército, tampoco se puede rebajar un céntimo. España necesita ser un país fuerte, poderoso, temible, respetado, y, gracias á esos 150 millones de pesetas, lo es, como lo prueban nuestras victorias de Melilla, nuestra omnipotente influencia en Marruecos, la casi pacificación de Cuba y el miedo que nos tienen los yankees. Hay que conservar la organización militar presente, cueste lo que cueste, que todo es poco para los efectos que produce.

Del presupuesto de clases pasivas no hablemos... ¿Cómo vamos á dejar sin comer á viudas, á huérfanos... de empleados que mueren en el cumplimiento de su oficina?... Bueno que las viudas y los huérfanos de los obreros revienten de hambre; ¡pero las de los empleados...! Hay clases... No será este Gobierno el que se meta en semejante obra.

No serán, no, esos doscientos cincuenta y tantos millones los que vengán á enjugar el déficit de la Hacienda española. No será tampoco una ley de empleados que reduzca á la mitad su número é impida, por la seguridad del puesto ganado, los robos escandalosos y las escandalosas inmoralidades en que ahora se

incurre para vivir durante los años de la cesantía. ¡Empleados por oposición, seguros en sus puestos!... Y entonces, ¿cómo servir á los amigos y paniaguados, cómo tener votos en las elecciones?... ¡Vaya, que no lo hacen tampoco, aunque entre empleados que sobran é ingresos que disminuyen al pasar por la mano de esos empleados, se pierda otro pico de millones no despreciable.

No; no será con la supresión de gastos inútiles, cuando no perjudiciales, con lo que enjugará el déficit ese nuevo Gobierno; no será tampoco con el aumento de rentas y caudales empeñadas y malbaratadas; no será con esto con lo que se mejore la situación oficial económica de España.

Y si á esto que es tan fácil y tan hacedero no se atreven los nuevos gobernantes, ¿cómo han de atreverse á remediar males más hondos, conflictos más graves, bancarrotas más dolorosas, angustias más horribles y vergüenzas más bárbaras?... ¿Cómo los que por sus compromisos políticos, por su historia política, y por sus políticas rutinas ponen por encima de sus cabezas y de sus voluntades el trono, el clero, la burocracia, el despilfarro militar y la gandulería civil, cómo esos hombres van á atreverse con el problema obrero, con el industrial, con el agrícola... con el inmenso problema humano que se levanta amenazador y justiciero ante las puertas desvencijadas del siglo XIX?

No serán Sagasta ni los suyos los que escuchando el grito de los explotados acudan á remediar su desgracia; no serán ellos los que remedien esta enorme miseria material y moral que en todas partes aparece y en ninguna halla amparo ni redención. Los justos anhelos del obrero de la ciudad, las horribles torturas del obrero del campo no hallarán satisfacción, no encontrarán alivio con este cambio de gobernantes. ¿Cómo han de encontrarlos si esos gobernantes están atados de pies y manos para marchar hacia el porvenir?

No gobiernos nuevos; hombres nuevos, instituciones nuevas, organismos nuevos, son los que hacen falta.

Mientras eso no venga, los que piensan como nosotros sólo pueden hacer una cosa ante los cambios de Gobierno.

Encogerse de hombros y continuar andando.

LOS CARLISTAS EN PARÍS.

París, 2 de Octubre de 1897.



DIRÁN lo que quieran los interesados en ocultar lo que aquí sucede á los que no tomándose el trabajo de mirar, prefieren suponer que aquí no pasa nada. Pero lo cierto, lo evidente, es que no anda uno media hora por los sitios céntricos, acompañado de quien sabe estas cosas, sin escuchar observaciones por este orden:

«—¿Ha visto usted ese joven moreno, buen mozo, de barba negra, que acaba de saludarnos al paso? Es un oficial carlista.»

Y poco más allá, entre la multitud sentada en los cafés, bajo los toldos de las terrazas: «Mire usted, aquellos dos que hablan alto y que tienen en la mesa una botella de agua, la única entre doscientos parroquianos... Son dos españoles oficiales carlistas.»

Y luego, cuando llegamos al restaurant de... Fulano, el cocinero español recién establecido, vemos salir un arrogante señor, de boina azul, gabán abotonado y guantes de gamuza. «¿Se ha fijado usted en ese caballero? Pues es un coronel carlista.»

De regreso vemos que mucha gente mira en los escaparates del Louvre las fotografías que representan la Alhambra, la Giralda, la Aljafaría, el Alcázar de Segovia... Y allí está el pobre Fernando Gomez, el Gallo, retratado con su traje de luces, guapetón, sonriente, sin el aire de majó pendenciero que en otros toreritos se nota. ¿Es eso lo que contemplan los espectadores agrupados? No; es que hay en medio del escaparate un retrato mayor que los demás, con un



TRATA DE BLANCAS.

ANÍ están. El valiente dibujo de Sorolla; la franca y naturalista composición del asunto nos releva de describirlas: son mujeres de la vida, *chais* que van de un pueblo á otro, dentro de un wagón, transportadas por una alcahueta: ganado humano, tráfico de un excitante que se vende barato para que los compradores no se asusten.

Ahí van ellas: ahí va un girón de miseria social; hecho carne, conducido por el tren, por el representante del progreso y de la civilización.

¡Qué escarnio!...

¡Civilización!... ¡Progreso!...

Y entre esas dos palabras un grupo de mujeres vendidas, un montón de carne blanca embalada para el lupanar y registrada en los libros de cualquier gobierno civil...

También Sorolla escribe artículos con el pincel.

Y mientras Sorolla pueda escribir esos cuadros, hay que reconocer que tienen razón muchas atrocidades y que son justas muchas venganzas!...

J.

marco muy ancho y una corona encima; debajo tiene una inscripción para decir quién es: *Don Carlos*.

En el teatro francés se toma el omnibus y se sigue el camino para llegar al barrio de las escuelas. Bajamos en la *rue de Grenelle* para abreviar una distancia y vemos enfrente una clásica librería del *faubourg*, y en el escaparate otro *Don Carlos*, á caballo, con uniforme de general, la cruz de San Fernando en el pecho...

Por fin, de vuelta á casa, nos encontramos con el impresor que trae unas pruebas y está esperando hace un buen rato. «No he querido marcharme sin verle, porque he citado para mañana al Padre ***, que ha llegado de paso para Bélgica y quiere conocer á usted.»

—¿Pero qué ocurre entre la gente de D. Carlos? ¿Han tomado á París ó qué es esto?

—«No sé bien lo que ocurre; pero mi portero, que sirvió en la guerra pasada, en el 3.º de Navarra, está haciendo la maleta y dice que de un momento á otro recibirán órdenes de marcha, él como los demás, y se va dejándolo todo, empleo, mujer, hijos...»

El Padre *** es un sacerdote vizcaíno, de charla pintoresca, de ideas un poco estrafalarias, pero nobles, con su firmeza en Dios, su Guernica y sus fueros, más federal que absolutista y más absolutista que partidario de los gobiernos por acciones, sociedades anónimas donde la explotación tiene su asiento. «Vea usted—me decía recogiendo el manto con ademán nervioso—vea usted lo que ocurre. Esos tunantes, esos amigos de usted...»

«Bueno; ya estoy, pues; no lo digo por mal. Así Dios me ayude como yo soy respetuoso con los hombres de honor. Pero me refiero á esos otros amigos, á los imbéciles, ¡Dios me perdone!, los tontos del 68 y demás... ¿Esos no son amigos de usted? Pues mejor que mejor. Contra esos vamos; ahora verá usted. Esos individuos se están metiendo en todo, con la cuquería y la mala intención de que tantas y tan aplastantes pruebas han dado á España. ¿Sabe usted quién aspira á ser el restaurador de D. Carlos para quitarnos á todos la gloria de instaurarlo en su trono? El Sr. Sagasta.»

«¿No lo cree usted?, bueno; es usted demasiado joven para estar, como yo, al tanto de los gestos que ha hecho ese buen señor y de los ciento que hará, si le dan tiempo y mimbres. Sagasta ha entrado, ó está muy á punto de entrar, en inteligencia con los directores de nuestro partido, sobre las mismas bases, fíjese usted bien, sobre las mismas bases que convino en 1867, en Londres, con Cabrera. Lo importante para Sagasta, es conservar su situación á todo trance. Además, él no fué republicano, ni lo será nunca. Todo eso de que se entiende con Castelar, es una pura broma. Y aunque se entendiera, ¿qué importaría? ¿Acaso Castelar, el poeta cristiano, poeta por su imaginación y su palabra, católico por su fe mil veces confesada, no está muy cerca de nosotros? ¿Quién puede deducir de esas inteligencias, que ambos tienen su vista en la República? ¿Por qué Sagasta, al relacionarse con nosotros, no ha de procurarse cursos de transcendencia enorme, como lo sería el de un arrependido tan ilustre?»

«Pero repito que esa inteligencia no me parece exacta, por ahora. Pienso, sí, que Castelar será objeto muy pronto de ciertas indicaciones confiadas á la discreción de un reverendísimo prelado. No sé más, ni aunque supiera me sería lícito manifestarlo.»

«Volviendo al Sr. Sagasta, digo que en él no tiene nada de particular este procedimiento evolutivo. La situación de 1867 era poco más ó menos como la de hoy. Una monarquía se iba; el partido carlista se levantaba en armas y podía hacer copo. El general Prim sabía mucho, y quiso ponerse de acuerdo con D. Carlos; era una resolución patriótica. D. Carlos hubiese ocupado el trono y se hubiera confirmado en sus derechos por el sufragio universal...»

«Sí, sí señor; por el sufragio universal. Esto era lo convenido y lo que debió ser cosa hecha en Diciembre del 67. No se verificó, sin embargo, por razones muy laberínticas, en que me parece notar la falta de dinero suficiente; dinero que más tarde llovió copioso de manos de los de Montpensier.»

«Esto se convino entonces, ¿por qué no se ha de confirmar ahora? Las declaraciones de D. Carlos son bien claras y explícitas; él no rechaza á nadie, siempre que se trate de la felicidad y del sosiego de la patria. Por otra parte, su palabra es real. Lo que en Gratz prometió una vez, lo cumplirá siempre. Y lo que prometió y fué base de su inteligencia con Sagasta, era la aceptación de todos los principios sociales, religiosos y políticos que constituían la doctrina de los emigrados liberales...»

«La soberanía nacional... Bueno. Sobre este punto no hubo absoluto acuerdo. Pero note usted que las circunstancias han cambiado. Sagasta procedía en nombre del general Prim. Este llevó el principio de la soberanía nacional á la Constitución del 69, en la que dijo: *La soberanía reside esencialmente en la nación*. Mas ahora ese concepto ha desaparecido. La Constitución del 76 dice: *El rey legítimo de España es D. Alfonso*

XII de Borbón. Cuando Sagasta se sometió á esta fórmula, aceptó sencillamente el principio de legitimidad: el REY LEGÍTIMO; ésto es lo que Sagasta reconoció. Después de este reconocimiento, ¿qué puede oponerse, en justicia, á la soberanía de D. Carlos? Basta con una simple demostración de su mejor derecho.

«Queda siempre una cosa; ésta es la verdad: que la persona de ese gobernante ex-liberal nos es odiosa á muchos, á casi todos los carlistas. Sus actos desleales para con la reina doña Isabel II, para con D. Amadeo, para con la República, le han quitado la autoridad y le han privado de los respetos que debieran acompañarle para su entrada digna entre nosotros.»

«Pero, en fin, Dios es grande y su magnanimidad no tiene límites. Más vale que pensando piadosamente supongamos á Sagasta tocado de arrepentimiento y deseoso de remediar en su vejez los yerros espantosos de su juventud.»

«Ya sé que muchos negarán fundamento á estas declaraciones; pero fíjese usted bien en que los jefes reconocidos del carlismo no afirmarían por su honor que esto no es cierto. En cuanto á Sagasta, por el momento es capaz de negarlo. Su negativa, sin embargo, carece de importancia. Verificóse la Restauración, siendo él factor esencialísimo de ella, y sabido es que desde Madrid clamaba este hombre público, por sí ó por sus allegados, que el triunfo de D. Alfonso XII nos deshonraría á los ojos de Europa. Fíjese, pues, ahora. *Video lupum*.»

Y me pareció que el Padre *** quedaba algo confuso de haberme dicho tanto. Suponía, sin duda, que á mí me faltaría tiempo para referirlo á mis amigos... que no son los imbéciles de 1868.

I. L. L.

RÁPIDA

Weyler ha escrito una carta muy larga.

En ella prueba que, durante la permanencia de Martínez Campos en Cuba, no había organización militar de ninguna clase; que se han perdido meses y meses, hombres y hombres, millones y millones en no hacer nada.

Eso dice Weyler.

A Weyler le dicen que él ha hecho poco más ó menos lo mismo.

Y á las madres, á las viudas, á los huérfanos, á los inútiles, á los tísicos, á los anémicos, á las víctimas de esos dos hombres, de esos dos generales llenos de entorchados y cruces, al ganado humano que fué y sigue yendo inútilmente al matadero ¿qué se le dice?

Porque tiene derecho á una explicación.

Y á una réplica.

Y estas réplicas amasadas con sangre y con llanto, se hacen siempre cerrando los puños.

Y dejándolos caer sin reparar dónde ni en quién.

D.

LA SOCIEDAD.

SONETO.

Ricos palacios, templos suntuosos,
sabios ilustres, vates inspirados,
nobles por la fortuna acariciados,
bellas damas, guerreros valerosos.

Tal es la sociedad de los dichosos;
á sus pies, en infernos ignorados,
la miseria y el crimen hermanados
extienden sus dominios espantosos.

Oro la cima, fango los cimientos:
tal es la triste sociedad humana,
del imperio del mal sujeta al yugo;
y de esa sociedad son fundamentos
el lecho de la impura cortesana
y la cuchilla infame del verdugo.

MANUEL DE LA REVILLA.

EL PELIGRO AGRARIO.



SIEMPRE y en todos los países han sido las más terribles las revoluciones agrarias, porque cuando los labradores se rebelan, es por haber llegado la miseria hasta la raíz principal de las riquezas, el suelo, y porque se trata de la inmensa mayoría de los ciudadanos, del lastre conservador de las naciones. España ha llegado al borde de este abismo peligroso, del cual únicamente puede salvarla un sistema completo de política nacional, basada sobre una transformación radical de la existencia de las poblaciones rurales, que representan nada menos que de 80 á 90 por 100 de los habitantes del país.

Ya en 1863 dijo el profundo conocedor del problema agrario, Fermín Caballero, que «si no cortamos la gangrena que corroe las entrañas de nuestra agricultura, *el socialismo se encargará de hacer lo que los meticolosos esquivamos*», y en efecto, desde entonces se ha empeorado la crisis, la gangrena se ha extendido, mientras que el socialismo se ha hecho positivista y presenta las soluciones únicas que pueden resolver el problema sin un desquiciamiento completo del orden.

No es exageración nuestra presentar el peligro agrario como espectro amenazador, sino que lo dicen muy elocuentemente las aterradoras cifras de fincas rústicas que cada año vende el fisco en pública subasta, porque los paliativos ya no bastan, y nuestros políticos al uso no se atreven á emprender una reforma tan ardua y gigantesca como la desamortización de Mendizábal. ¡Si nuestros dictadores en ciernes ni siquiera se atreven á desamortizar las propiedades de los frailes de Filipinas, aunque sepan que esto sólo acabaría aquella funesta guerra! El mismo Fermín Caballero confiesa «que no puede cambiarse el estado social de la propiedad inmueble, sin producir una conmoción, un trastorno, una perturbación social peligrosa.»

Como los pobres aldeanos son la clase más sufrida, y la acción de la prensa revolucionaria se hace sentir muy débilmente, por la influencia clerical que domina el campo, apenas saben nuestros políticos profesionales de la existencia de tal peligro, y mucho menos que es inminente. Después del citado economista reaccionario, véase lo que dice otra autoridad para todo perfecto monárquico y católico, cuya opinión no parecerá sospechosa:

Entre los economistas españoles se distingue el señor Sanz y Escartín, por crear la religión llamada á resolver los conflictos sociales. En su libro *La cuestión económica*, confiesa «que vamos á la revolución social agraria. Tal vez la vindicación del orden más elevado á que pueden y deben ajustarse las acciones humanas sea ya tardía; quizás sea impotente para contener la corriente que arrebata á los pueblos modernos á un estado muy semejante al que produjo la corrupción y muerte de la sociedad antigua.» Sin embargo, reconoce la razón que atañe al socialismo agrario, donde, como en Inglaterra, puede ocurrir que la condesa de Strafford expulse en un solo día á 15.000 colonos de sus tierras. «La intervención del Estado—dice—en el arreglo de la propiedad privada es un hecho y una necesidad social ineludible. En Inglaterra los latifundia, consagrados á la caza y al recreo, aumentan por modo alarmante. Año tras año van disminuyendo los terrenos dedicados al cultivo. En los quince últimos, 800.000 campesinos han abandonado los campos y acudido á las ciudades, al propio tiempo que su afluencia hacía subir el precio de los comestibles. Ni la ciencia ni la práctica de los Estados admiten ya el carácter absoluto de la propiedad individual, sino que, por el contrario, cada vez se reconoce más su aspecto social...; en los conflictos entre el interés general de la sociedad y el interés particular, debe tenerse presente la concisa regla de Stuart Mill, que después de todo, late en el fondo de todas las legislaciones: *Si la propiedad de la tierra no es útil, es injusta*... Hoy, la *necesidad de reconstituir los patrimonios colectivos*, siéntese con tanta más fuerza, cuanto mayor ha sido el empuje hacia el individualismo anárquico que impera. ¡Cuánto no facilitaba la subsistencia y el mantenimiento de las clases menesterosas el disfrute de los antiguos bienes comunes de los pueblos!... El movimiento actual de las clases obreras responde á la necesidad de aminorar una desigualdad excesiva.»

Reconociendo lo insostenible del estado actual, no encuentran los economistas individualistas y católicos otro remedio que el *colectivismo*, aunque hipócritamente tapado con las hojas de parra de rúbrica. Los individualistas puros ya casi han quedado reducidos á unos cuantos últimos mohicanos, porque la gente joven reconoce con José Canalejas que las libertades individuales deben fundarse «sobre sólidos cimientos del derecho social.» El derecho social de los economistas católicos se reduce al ridículo estribillo de la «caridad cristiana», y en el inútil afán de resucitar el



MORENO CARBONERO.—UN VENTORRILLO.

feudalismo, de maldita memoria, con su servidumbre del clero y de los poderosos, para cuyo fin tratan de disciplinar las masas obreras con los círculos católicos.

Entre los publicistas conservadores, merece atención el Sr. Sánchez de Toca, quien reconoce la gravedad de la cuestión. Dice en *La crisis agraria europea, y sus remedios en España* (Madrid, 1897, pág. 391): «La era revolucionaria, á pesar de los horrores que ha esparcido, se limitó en realidad hasta aquí á desenterrar y enterrar cadáveres; las más terribles mutilaciones que produjo en los cuerpos vivos del organismo europeo, parecen, en efecto, inofensivos rasguños, si se comparan con los espantosos suplicios que anuncia la revolución económica combinada con la explosión de la anarquía socialista. (¡Anarquía! Tan ignorante en este punto como su maestro y jefe Cánovas.) Esta revolución económica, que viene detrás de los cataclismos políticos, ha arrojado ya en medio de nuestras naciones, como factores y elementos nuevos, fuerzas colosales, jamás conocidas en el mundo.» El prohombre conservador reconoce que la protesta socialista tiene razón ante los monopolios escandalosos que «someten todos los intereses y todas las fortunas y hasta la independencia personal, á discreción de las potestades de la riqueza, que constituyen los Consejos de Administración y presiden las grandes Compañías.»

Sánchez de Toca aprecia en 90 por 100 las clases agrícolas, y pide protección aduanera, asociaciones de crédito agrícola y mejora del cultivo para resolver la crisis.

Ni Sánchez de Toca ni ninguno de los economistas católicos y monárquicos pueden presentar más que paliativos irrisorios, porque les está vedado ir á la raíz del mal, que consiste en la concentración de la tierra en manos muertas de una aristocracia ignorante, que lleva la existencia de parásitos dañinos que corrompen las costumbres, de grandes usureros enriquecidos por el crimen y del clero y conventos. «La rapiña de las conquistas creó—dice Fermín Caballero—primero capitanes ricos, y después grandes ambiciosos, que todo lo abarcaban; el clero siguió adquiriendo más y más, y los indios y peruleros que venían de América car-

gados de oro no pensaban en otra cosa que en comprar títulos de nobleza y fundar vinculaciones.» Si la desamortización de Mendizábal hubiera creado propietarios campesinos democráticos como lo hizo la Revolución francesa, sería el problema agrario mucho más fácil de resolver. Por desgracia casi sólo aprovechó al caciquismo y á la plutocracia moderna, interesada en sujetar y explotar al labrador.

Con sobrada timidez indica Canalejas en su admirable discurso inaugural del 10 de Diciembre de 1894 en la Academia de Jurisprudencia la única solución, que consiste en «sustituir á la mano muerta corporativa, nobiliaria, eclesiástica, bancaria, otra mano muerta agraria, industrial y obrera, constituida mediante el principio de asociación y expresada por formas sindicales, corporativas y mutuas». Celebramos que esta solución del socialismo colectivo haya sido aceptada por un estadista que habla de sus «correligionarios» con ceguera incomprensible, como si fuéramos «audaces utopistas, cuyas organizaciones ideales han pervertido muchos nobles instintos». Más aún debe extrañar este menosprecio del celebrado exministro hacia el socialismo, cuando le encontramos en el campo nuestro, también en el medio de llegar á aquella verdadera revolución agraria por las cooperativas obreras, merced á la reforma de la ley de herencia.

Nosotros queremos que las herencias por líneas colaterales recaigan al Estado, quien distribuya las tierras entre las cooperativas, y el Sr. Canalejas nos da razón en principio al decir: «Fúndase la sucesión legítima ó intestada en el principio del dominio familiar y en la interpretación de los deseos del difunto, principios que deben coordinarse en un amplio concepto de armonía entre los fines individuales y sociales. Si el vínculo natural de la sangre triunfó en la esfera jurídica de las ficciones de la antigua agnación, pocos jurisconsultos niegan ya la necesidad de restringir sus límites primeros, porque relajada está en las realidades de la vida la intensidad del mutuo auxilio y de los efectos recíprocos, como decía el docto Laurent al señalar su extinción en el sexto grado y proponer la radical medida de destinar los bienes hereditarios adquiridos por el Estado á constituir un fondo especial afecto á la instrucción de las clases obreras. Y es que

en la sucesión intestada, más frecuente de lo que el concepto vulgar supone, *la ley extiende fuera de justa medida el respeto al vínculo familiar*, que bien pudiera limitarse al cuarto grado (¿y por qué al cuarto?), *mientras olvida aquellos consocios dependientes, obreros y domésticos* que, durante largos años, consagraron al finado su afecto y *contribuyeron al florecimiento de su fortuna*, así como á las instituciones religiosas, benéficas, científicas, literarias, etc., en cuyo seno desarrolló sus sentimientos, ideas y actividad productora.»

El mismo criterio socialista manifiesta el citado prohombre democrático al juzgar el estado actual del labrador español: «Sin embargo, la duración del trabajo, la escasa higiene de la vivienda, la deficiente alimentación, las vejatorias imposiciones que el criado de labranza ó el doméstico han de soportar, exigen una mirada compasiva de los filántropos y una protección eficaz del legislador. ¿Quién de vosotros que haya visitado nuestras colonias agrícolas, que conozca las interioridades de ciertas familias acomodadas y aun resplandecientes de vanidad y lujo, podrá susstraerse á la indignación que produce en todo ánimo generoso el espectáculo de una *verdadera esclavitud*, y hasta me atrevo á decir de una *inícuca explotación* á que viven sometidos seres desdichados á quienes se niega oxígeno en el tugurio donde duermen, alimentación suficiente, cultura moral, expansiones sociales y *hasta el honor, si la desgracia se aumenta en la sirvienta por los atractivos de su belleza?* No bastan contra tales abusos las flagelaciones de los moralistas, y se han menester las garantías y las limitaciones del derecho positivo y sancionador; la máquina inconsciente merece la inspección técnica gubernamental oficiosa de vigilancia para que no estalle, y el sér moral consciente, criatura humana amparada por la protección divina, se consume y se degrada sin que sus aflicciones desconocidas y ni aun sus lamentos clamorosos violenten el quietismo y la impasibilidad del poder social.»

¡Ah! Ni los poderes sociales de la monarquía, ni menos aún la protección divina, han protegido á los desgraciados, sino los nerviosos brazos de Espartaco, que se rebeló contra la aristocrática Roma, y las *jaqueras* de todos los países y épocas han inspirado un saluda-

ble y eficaz estremecimiento de terror, obligando á los poderosos á aflojar un poco los tornillos del tormento.

¿Se esperará en España hasta que el hambre provoque la irrupción de las masas campesinas, cuyos chispazos ya se perciben en asociaciones misteriosas entre los labradores, que publican folletos y hojas clandestinas, ó sabrá una reforma social encauzar á esos 15 millones de españoles en las direcciones indicadas?

ERNESTO BARK.

CUENTOS NUESTROS.

DEPORTADO.

Se arremolinaban las gentes para verlos. Recorrían la calle de la Princesa amarrados de dos en dos por una mano, libre la otra para sostener los zurrones y las maletas de ropa. El ruido lamentable de las cadenas, tocando á rebato en la siempre despierta curiosidad del bajo pueblo, hacía saltar sobre los mostradores á la activa pereza de los tenderos, y un sin fin de porteras, de criadas y de chiquillos, servía de cortejo á la encadenada procesión.

Costaba trabajo á los corceles de la benemérita abrirse camino entre la apiñada muchedumbre que, fenómeno extraño, no guardaba para aquella mesnada de cautivos ese silencio respetuoso que suelen merecerle las cuerdas de presidiarios, comprendiendo tal vez que cuando la ley no casa á la miseria con el crimen, acostumbran á vivir en perenne y amoroso concubinato.

Los gritos de ¡mueran! ¡mueran! sucedíanse, lanzados por voces femeniles. A los mueras seguían los dicterios, á los dicterios las amenazas; y escurriéndose por entre las piernas de los caballos, rebasó la línea de guardias civiles una mujer que estrelló un botijo lleno de agua en la cara de un negro, de reluciente tez, alto y esbelto, como un Apolo de la cafrería.

Y entre tanto los deportados desfilaban, doblados los cuerpos al peso de morrales y de grilletes, caídas las cabezas por el oprobio de la derrota, desarmados ante el castigo y ante el odio, escuchando el serpear estridente de las cadenas.

Toda la escala cromática de la cubana insurrección. Desde el antiguo esclavo de cabellos rizados y blancos, que apelotona el cuerpo á la vista de los sables como lo apelotonara un tiempo á la vista del zurriago de alambres; desde el negro criollo, de aire altivo, que en su bohío airoso, plantado entre manigua omnipotente, trocara las cadencias lastimeras de sus padres esclavos por esas «zumbas» en que el arranque gallardo de victoria delata las arrogancias de una raza que se siente rebosar de pujanza, frente á los hombres pálidos que se mueren de anemia y de vómito y se subleva para quemar ingenios y ciudades en holocausto de una Naturaleza soberana, donde quiere vivir, cara al sol, alentado por las brisas, anegándose en su belleza inmensa, despreciando los artefactos civilizadores que la empobrecen y la afean; desde el pelo de pasa de los mulatos más oscuros, al rasgueo imperceptible de los ojos y las narices ligeramente dilatados de los cruzados, toda la gama de esa mulatería infecunda, que se refugia en los oficios de barberos, sastres, ladrones y rufianes, impotentes por impotencia física, para el vivir sencillo de los campos y la brega enervadora de las fábricas, é impotente, por impotencia intelectual, para el vivir complejo de las ciencias, las artes y las letras; desde el guajiro, tembloroso de frío bajo la chamarreta y el pantalón de hilo, al tabaquero añagado de la Habana, luciendo rotos zapatos charolados, desgarrada camisa de seda, manchado terno de cachemir francés, obrero que por dentro se encuentra señorito, y por no serlo aborrece á los españoles que le condenan al salario, y por no serlo pelea contra España; no faltaba ningún matiz, ningún color de ese amasijo arlequinesco que se ha agrupado en torno de la bandera azul y blanca.

Y el último de todos, inclinado sobre los ojos el sombrero de amarillenta jipijapa, Lolo Varona, mi antiguo amigo, con su porte distinguido, á pesar de los grilletes; elegante, aun con las manchas de polvo y de fango que deslucían su vestido de corte inglés.

¡Pobre muchacho! Le conocí en un ingenio, arrastrando dolientemente su destino, recostado sobre la máquina de que cuidaba, perdida la mirada en las nubecillas medio desvanecidas del vapor escapado de las válvulas, mientras, ajeno al fabricar de azúcar, tarareaba melancólicos cantares.

¡Qué calamidad! Un día la abandonada máquina, corriendo á todo escape, hizo estallar un tubo. Al siguiente, no cuidando de que la presión bajaba, se paró de pronto, perdiéndose las templeas de masa azucarada que hervían en los tadios.

Y yo, el encargado de todo ello, me volvía loco, tratando de escudar al infeliz, que enrojeciendo de vergüenza, me imploraba compasión con los ojos.

Esa cara tan dulce, tan humilde, con que quería reparar sus yerros, le valió mis simpatías—las simpatías del capataz alguna cosa valen—y fui su confidente.

Era trinitario. ¿No han visitado ustedes Trinidad? Figúrense una Babilonia edificada hace cien años y hoy en ruinas. Una villa de calles empedradas y de casas de mármoles; una villa de señores, de señores criollos, con sus nubes de esclavos, saqueada en una guerra que ha trocado en pordioseros á los señores: imagínense á esos mendigos viviendo como viven los pastores, en las ruinas de las ciudades muertas, viviendo entre manigua que brota avasalladora de las junturas de piedras y de mármoles.

Y Trinidad ha sido derrotada en una guerra, la perpetua guerra entre las pueblos de labradores y los pueblos de comerciantes. Cienfuegos, la ciudad de los almacenes, la ha anonadado.

Pero los antiguos esplendores viven aún bajo las arcadas desnudas de las mansiones señoriales, sobre los mármoles medio ocultos por la hierba y en los recuerdos de los ancianos, que los hijos heredan en las pláticas interminables de aquellas familias sin labor y sin tierras.

¡Si vieran ustedes el fuego con que Varona hablaba de su encantada cuna!

—¿Y cómo ha elegido un oficio, usted, casi un poeta?

—La vida, chico, la vida. ¿Qué iba á hacer? No podía seguir una carrera, jese es mucho lujo ni entrar en una oficina, ni en un comercio, porque los acaparaban los españoles.

Y al decir «españoles» me enjaretaba una soflama separatista. Sus ensueños de una república en que no hubiera almacenes, ni comercios, ni españoles, ni impuestos, ni soldados; en que los blancos vivieran como blancos, haciendo versos y bailando danzones y no trabajando como negros. ¡Un lío, un espantoso lío que se hacía la cabeza del muchacho!

—¿Ve usted? por las contribuciones tenemos que trabajar para las bodegas y andar con esta ropa lo mejor del año.

Y me señalaba la camisa y el pantalón de dril.

Muchas veces traté de poner orden en aquel *totum revolutum* de ideas. Quise probarle que hay algo en el mundo por encima de Máximo Gómez; que los obreros españoles eran tan desgraciados como él.

—¿Quién les manda venir?

—Les obliga la miseria.

—¿Y qué me importa esa miseria, si me quitan el pan? Aquí la tierra es rica. No les necesitamos.

Y cuando yo intentaba demostrarle que si la tierra es rica, es porque la han labrado hombres más laboriosos que él, me contestaba con una frase que cerraba toda discusión.

—¡Si viniera Máximo Gómez!

Fuí á la cárcel para charlar un rato.

—¿Y cómo se fué usted á la manigua?

—Como todos... Estaba sin trabajo, pasando el tiempo muerto en Trinidad. Allí leíamos los periódicos... que sale Calleja, que viene Martínez Campos, que el generalísimo desembarca con 200 hombres, que tiene 500, que tiene más de 1.000, que pasa á Puerto-Príncipe, que no pasa, y por fin que va á pasar la trocha, que no, que sí.

Y al ver que se nos venía encima, batiendo marcha y con bandera desplegada, burlando con sus 2.000 jinetes á las columnas; que llegaban proclamas incitándonos á pelear por la independencia, la excitación nos ganó á todos.

Fué una ola que arrastró la isla en masa. ¡Hermosas semanas de entusiasmo! Supimos que el general acampaba una noche en Fomento, ya sabe usted, á dos pasos, á las mismas puertas de Trinidad. Allí fuimos más de 300 trinitarios. ¡Cómo nos recibieron! ¡Cuánto viva, y cuánto mueran! Y al verme jinete en mi caballo negro escoltando la bandera de mi patria, tendida á mis pies blanquísima neblina, creí un momento, un momento tan sólo... ¡no me riña usted por ser un soñador!... tener entre las riendas la libertad de Cuba y el pasaporte de España...

Usted es español... ya lo sé... pero otro español, un comerciante, me arrancó la novia, así, como se compra un fardo de tasajo... tengo motivos para odiar á ustedes, es decir, á usted no.

Llegamos, en triunfal cabalgata, hasta el mismo cabo de San Antonio, arrasando los pueblos de mercaderes y los ingenios de españoles. Mucho me costaban esas marchas en plena noche, en pleno sol, pero... ¿no íbamos á acabar en seis meses?

Después vinieron los días malos. Escaseaban raciones y caballos, el general ordenó se desmontara á la mitad de los jinetes; yo fui uno de ellos. Tuve que trotar doce horas diarias, siguiendo la escolta del generalísimo, con los pies desnudos sobre la manigua

y sobre el fango. Así enfermé... Y no era lo peor la enfermedad, sino el descorazonamiento.

De los 300 trinitarios, más de la mitad habían caído: unos á balazos, otros de fiebres. Los únicos que se resistían eran los negros, que se burlaban de los blancos.

¡Los hubiera usted visto!... nada, un trozo de galleta les bastaba para correr todo el día, como galgos, y bailar, como demonios, en los altos. Tomamos un poblado. Los voluntarios nos dijeron que los españoles caían como chinchas, reventando de vómito; nosotros, los criollos, nos moríamos de debilidad. Y dijo un negrozo:

—Mira, niño, la guerra *etá sabroso*. Patones se mueren, cubanos, también; sólo queda negro *fuerte*.

Sus palabras me impresionaron. Cuando llegó el fraccionamiento de las partidas, cuando con otros 10 ó 12 recorría la manigua virgen, siempre huyendo, siempre ocultándome, pensaba para mis adentros, que aquella Cuba independiente con que había soñado, no podía ser más que otro Haití, donde los rebafios de los negros bailarían en torno de las hogueras de los cañaverales sus africanas danzas.

Y no pude más. Llegó el momento en que se habló de traiciones, de vendidos, de cosas extrañas, y estaba cansado de correr.

Una noche, hacía centinela, no sé lo que me dió. El caso es que tiré el rifle, y huyendo por un camino que la naturaleza vengativa de mi tierra convirtió en torrente, me presenté á los españoles guarnecedores de un fuerte.

Volví á mi Trinidad, abracé á mi familia... ¿qué quiere usted? mi novia, casada; yo, sin trabajo; ¿qué hacer? laboré nuevamente, traía y llevaba los partes de las partidas á sus ayudantes de la ciudad, no me decidía á ir al monte, porque estaba enfermo... Un día me sorprendieron los centinelas, saliendo á deshora; estuve encerrado en la Cabaña, y ¡aquí me tiene usted! pensando en aquellos negros que queman los ingenios para poder vivir en pleno monte.

Y al oír interrumpido su relato por una tosecilla nerviosa y seca, me dije para mí:

Ya sé lo que es la insurrección cubana: un alboroto de los nervios contra el imperio duro y cruel, pero irremediable de la sangre.

De la sangre que no pudre el vómito.

RAMIRO DE MAEZTU.

MENDIGA.

STECHETTI.

Del festín de la espléndida morada
á la calle salí,
y pálida, en la acera acurrucada
á una muchacha ví.

Con míseros andrajos se cubría
el cuerpo la indigente.
¡Imploraba en silencio, no pedía,
su limosna á la gente!

Dándola una moneda, emocionado
dije á la chica: ahora
marcha á tu casa, de tu madre al lado
que acaso por tí llora.

Una amarga sonrisa dibujada
miré en su labio yerto;
luego volviendo al cielo la mirada
dijo: mi madre ha muerto!

Entumece mi cuerpo enflaquecido
de la nieve el rigor.
¡Estoy sola en el mundo, no he comido,
soy huérfana, señor!...

¡Ay que á las almas egoístas venza
afán tan angustioso!
¡Yo, tal miseria al ver, sentí vergüenza
de ser casi dichoso!

J. JURADO DE LA PARRA.

LOS DOS DOLORES.



UNA noche leía yo mientras la lluvia golpeaba mis cristales, una página del parisiense más nervioso y elegante, de Alfredo Musset.

A veces el zumbido del viento y el rumor del río desbordado me distraían de la lectura y á ratos la lectura me hacía olvidar los rigores del temporal: una y otro parecíanme como el acompañamiento y el canto de una gran obra sinfónica y, ambos eminentemente sugestivos, me hacían pensar alternativamente, el libro en los tremendos desfallecimientos que se sienten en las luchas de las pasiones y el temporal en los dolores que se experimenta en las luchas con la naturaleza.

Cuando leía el libro, identificado con el artista, parecíame oír sus frases, ora ardientes, como besos vestidos de palabras ya irónicas, mordaces, revelando siempre el hastío de una vida sin objeto; cuando escuchaba el rumor del viento y el golpear de la lluvia pensaba en el obrero que necesita descansar de las fatigas del día para entregarse á las del siguiente.

Leyendo á Musset pensaba en el hombre que ha perdido la ilusión de la gloria, la fe en el amor, en la ciencia ó en el arte, que conoce demasiado pronto la nada de las cosas de la vida, y parecíame que una esperanza frustrada, un deseo no satisfecho eran las formas más refinadas del sufrimiento.

Oyendo caer la lluvia pensaba en el obrero sin trabajo y sin recursos, viéndole rodeado de sus hijos hambrientos y haraposos en el hogar helado; esperaba oír, dominando el ruido del viento y de la lluvia, un ¡ay! monstruoso que llenase el espacio, épico acorde de dolor arrancado por la desesperación á millares de desvalidos.

* * *

¿Qué pensar en vista de este contraste sino que hay también lujo en el sufrimiento como en los placeres? Cuando no hacen sufrir las vulgares necesidades de la vida, lúchase por la gloria, la política, el placer, el amor ó la riqueza para dar interés á la existencia. Las gentes desocupadas han inventado pasiones que desconocen cuantos tienen que gastar la vida en ganar el sustento, y ya que no les atormenten la sed, el hambre ó el frío, atormentánselas sus propias nerviosidades. Nadie que tiene algo útil que hacer sabe qué es el hastío, porque el trabajo produce cansancio, pero hace amar la existencia; es la inacción la que perturba la sensibilidad, haciendo aparecer como necesidades imperiosas los delirios á que la imaginación, falta de seria ocupación, se entrega.

Entonces aparece el lujo en las pasiones, como en la mesa, en el vestido ó en el traje. La hartura desdénando el frugal almuerzo del hombre del campo, entrégase á las enrevesadas creaciones del arte culinario; la seguridad de la vida incita también á pasiones supérfluas y de lujo, en que la gloria, el placer, el arte, hacen de trufas y de champagne para condimentar una existencia que, falta de lucha, produce un tedio insostenible.

La *pose*, la coquetería de esos sufrimientos extravagantes y exóticos, ha creado toda una literatura que nos ofrece en espectáculo, no el dolor racional justificado y explicable que todo hombre experimenta en ciertos momentos de su vida, sino ese otro desordenado, desproporcionado, que revela una sensibilidad estragada. ¡Qué artificioso y enfermizo todo ese sentimentalismo, y en cambio qué humana y qué conmovedora la angustia del obrero que gime sin recursos para él ni para sus hijos, en una noche de invierno!

* * *

Vosotros los que os agitáis en el fondo gris de la vida social, vosotros sois los en quienes el dolor se personifica y encarna. Nosotros sentimos el dolor instantáneo que nos sacude, vosotros el constante que os abate. Vosotros sentís como hombres el dolor humano, nosotros como seres degenerados, neuróticos trastornos. Vuestros sufrimientos tocan á lo íntimo de la condición humana; los nuestros á los delirios de la imaginación enferma. Vosotros buscáis en el alcohol fuerzas para el trabajo; nosotros embriagándonos en la política, en la gloria, en la belleza, en el arte, buscamos empleo á las fuerzas que nos sobran.

Si mientras alguien carece de lo necesario es un crimen disfrutar de lo supérfluo, mientras uno de vosotros padezca, lo es también pedir compasión para cualquier otro infortunio. Las angustias que experimentáis vosotros son consecuencia del agotamiento á que os conduce el exceso de un trabajo que la humanidad aprovecha; todas las demás no son otra cosa que en el fondo que extravíos á que arrastran la ociosidad infecunda y el exceso de alimentación.

José VERDES MONTENEGRO.

LOS ENEMIGOS DEL SOCIALISMO.



A mayor y más provechosa tarea de los enemigos de la libertad social, consiste en la explotación de la calumnia, elaborada con positivas reglas de un arte falsificador y tenebroso, porque todo él es inmoral y embrutecedor.

A los amigos del progreso social tócanos la defensa pública de la verdad, apelando principalmente á la prensa democrática cuya honrada misión es ilustrar al pueblo, sin explotarle ni aun con cuotas de cinco céntimos porteadas en alas de una oportunidad por demás elástica.

Con el socialismo se procede lo mismo que con la honradez: no es posible negarlos en absoluto y particularizarlos, pero se les puede dañar con las imputaciones falsas más ó menos hábiles y directas, aunque siempre infames y abominables. Importa, pues, una activa y enérgica campaña de propaganda en defensa de la realidad social contra la farsa política, inspirada por los sectarios de la tradición.

Los más calumniadores son hipócritas, no pocos, por herencia de degradación mental y muchos por necesidad de alimentarse royendo; y así asistimos todo el año, por razón de fuerza mayor, á fiestas públicas con mascaradas políticas y comparsas anti-económicas, dedicadas á corromper las costumbres y arruinar en breve plazo á la nación.

No es difícil describir detalladamente á los que se pasan la vida calumniando la libertad porque odian la democracia. Están en primer término de la historia del tiempo viejo, los sofistas, cuyos continuadores actuales son admirables ejemplares de aprovechamiento jesuítico y estrepitoso horror á la libertad... del obrero, en especial si éste es laborioso y sufrido. Estas gentes suelen llegar á pérfidos legisladores, con altos propósitos de cambiar la balanza de la justicia por un embudo, á los fines que por sabidos no menos dignos de acerba censura. Siguen después de los sofisticadores de la verdad política los escépticos valerosos, que han perdido la fe en los ideales civilizadores y por envidia denigran á los grandes pensadores con calificativos varios, desde la más inverosímil imputación á la no menos asquerosa suposición de defectos, vicios ó debilidades humanas, todo empleado con la maña mayor que da el hábito de la maledicencia, privada casi siempre y á veces libelista ó anónimo-satírica.

La gran masa de los enemigos del adelanto social suele ir capitaneada por tales incrédulos, que jamás sentirán los nobilísimos estímulos del hambre de justicia y sed de igualdad legales.

Vienen luego los utilitaristas llamándose á sí propios ciudadanos cesantes, neutrales, prácticos que abominan de toda novedad científica y artística si no les trae pronto un beneficio material cotizable en la operatoria bursatil ó de provecho en los balances semestrales de su contabilidad doméstica.

Los adoradores del Becerro de Oro no pueden comprender que al terminar nuestro agitado siglo existan bobos, graduados de filántropos, capaces de amar al pueblo como á sí mismo.

Finalmente, á ese estado mayor de maldicientes y farsantes va siguiendo la desgraciada muchedumbre de incautos pusilánimes, que sin saber cómo ni por qué, hacen coro á los citados directores de una parte de la opinión pública, hecha instrumento de las bajas pasiones de quienes medran y explotan sólo á expensas de la libertad ajena reducida á límites arbitrarios y ridículos.

Mucho maquiavelismo cabe en esas malas artes dirigidas á desprestigiar todo criterio expansivo motejándole de insano, disolvente, populachero, impío, y aun monstruoso; pero, por fortuna, el progreso racional es superior á la cuestión de bimetalismo, y está muy por cima de la alta banca, aun cuando fuera cierto que abundan en muchos lugares manos cautelosas y traidoras capaces de arrebatar el caudal atesorado ya por la democracia en varias naciones cultas.

Es una calumnia vil asegurar que el desorden es al socialismo lo que la sombra es al cuerpo, porque prácticamente se demuestra sin excepción, el siguiente fenómeno político: á fin de vencer alevosa y lógicamente, al parecer, á los radicales, las contadas veces que son poder, el bando obscurantista, reaccionario y fríaluno, no sólo extrema los recursos ofensivos, sino que además exagera las pretensiones de la clase obrera; empujándola á la violencia, sugiriéndole proyectos descabellados, sobre todo sembrando la desconfianza para inutilizar á los directores; y una vez el buque sin piloto ó la locomotora sin maquinista, el desastre es seguro, casi matemáticamente calculable.

Tal es la prueba infame y amañada con la cual se quiere demostrar por los sectarios del retroceso político que la democracia socialista y el orden son incompatibles.

Los vividores de la burocracia y del matute lo saben bien, y en consecuencia se oponen á que haya

libertad y orden arriba y abajo, ó más claro, á que la justicia impere en todo y para todos.

El día en que el pueblo esté bien ilustrado, será muy peligroso calumniar la libertad por sistema, porque entonces la hipocresía y la falsedad serán vicios domésticos de menor cuantía y desechables en público sin apelación.

Los demócratas socialistas no debemos despreciar la experiencia y hemos de prevenirnos contra los enemigos, porque estos son como los microbios cuyo vehículo es á la vez el aire, el agua y la tierra, es decir, factores de epidemias y catástrofes espantosas y anti-sociales.

SANTIAGO VALENTÍ CAMP.

EL CANTAR DE LA ESPERANZA.

CARTA Á UN POETA.

Tú también eres poeta;
tú también lloras y cantas,
y en tus cantares describes
los dolores de tu alma.
Sólo á ti puedo contarte
las penas que me acobardan;
tú sólo comprender puedes
mis querellas solitarias.
Tú eres un alma de bronce
que en la sangrienta batalla
ni las heridas te arredran
ni los trabajos te cansan.
Tú cantas al son del hierro,
y con el hierro trabajas;
yo sólo canto mis penas
al compás de mi guitarra.
Tu voz hasta en la derrota
«¡Victoria!» dice y proclama;
en mi voz tan sólo vibran
mis perdidas esperanzas.
Tú siempre alientas y vives,
y tus victorias soñadas
parecen victorias ciertas
según como las ensanzas.
Yo sólo lloro y suspiro,
y cuando canto se marchan
con los cantos de mi boca
los anhelos de mi alma.
¡Maldito el guerrero impulso,
la fatal hora mal haya
en que gasté mis ardores
y el acero de mis armas
en una lucha que sólo
con la existencia se acaba,
que prostituye y maldice
y consume en la desgracia
hasta á los mismos valientes
que sobre la cumbre alta
clavan con alegre esfuerzo,
sin saber cómo lo clavan,
el pendón ensangrentado
de las victorias sagradas!
Mas... ¡no!... seguiré subiendo
con el valor y la audacia
con que empecé, siendo niño,
armado de escudo y lanza,
porque yo no retrocedo
desde el campo de batalla,
¡que está empeñada mi honra,
y la honra es antes que el alma!
¡Nadie atrás la vista vuelva,
que el tiempo en un vuelo pasa,
y el buen soldado no mira
más que arriba, á la montaña!
Yo voy á seguir subiendo,
porque me suena en el alma
la voz de este noble canto
que no sé quién me lo canta.

¡Arriba, arriba, valiente,
sube sin cesar y lucha;
si mueres en el combate,
tu escudo será tu tumba!

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA.



EL CEMENTERIO DEL PUEBLO.

Todavía no tengo ganas de morirme... La alegría y la juventud me acompañan; no he gastado todo el caudal de mis esperanzas; el amor me brinda con sus goces inefables, y aunque mis cabellos empiezan á tocar retirada, aún no ha nevado sobre mi cabeza... ¡No, no tengo ganas de morirme todavía!

Sin embargo... en esos días tristes de otoño, en que la naturaleza muerta reclama nuestras oraciones, me siento un poco inclinado á la melancolía, y al pasar revista á mis ilusiones de ayer y á mis esperanzas de mañana, pienso un poquito en la muerte con esa tristeza que se siente al borde de los grandes misterios... ¿Qué pasará después? ¿Estaremos de veras condenados á esa *broma pesada* de que habló Voltaire? ¿Des cansaremos efectivamente al despedirnos de la vida? ¡Quién sabe eso, y, sobre todo, quién piensa en averiguarlo!

«Gocemos, pues; la cristalina esfera
gira bañada en luz... ¡Bella es la vida!»

Sí; ¡bella es la vida! pero convengamos en que también la muerte tiene su poesía.

Pero la poesía de la muerte no la hemos de buscar en esos días en que la humanidad, obligada por el calendario, ofrece á sus antecesoros unas cuantas lágrimas *oficiales* y varias coronas, tan artificiales como las lágrimas... En estos tiempos en que la lucha por la existencia ha ascendido á la categoría de ideal, los muertos son los que quedan *fuera de combate*; ni ornamentos de rosas sus tumbas, como los pueblos clásicos, ni colocamos á nuestros antepasados entre los dioses familiares. En estos tiempos hemos inventado lo de *el muerto al hoyo y el vivo al bollo*, y sólo nos acordamos de los que nos precedieron en ese fatal camino para profanar su morada, llevando á ella la ostentación y el ruido de nuestra vida miserable...

No, no busquemos la poesía de la muerte en el cementerio de la ciudad, donde los vivos insultan la soledad de los muertos; busquémosla allá en el cementerio del pueblo, en aquel lugar sagrado donde no alteran el descanso de sus moradores ni la piedad

fingida, ni la falsa oración, ni las vanas pompas del mundo.

Allí los que duermen el sueño eterno no temen la visita del duelo importuno... Crecen las flores tristes al borde de las tumbas, y hay manos cariñosas que las cuiden y lágrimas sinceras que las rieguen.

¡Ah! El poeta que dijo:

«Dichoso aquel que escucha eternamente
el mismo ruido de la misma fuente!»

soñaba también con una tumba solitaria, bañada por el rayo de la luna y besada por el sauce melancólico.

¡Quién sabe dónde descansarían mis huesos! Pero yo también sueño con ese rincón del cementerio del pueblo.

¡Allí está la verdadera poesía de la muerte!

ANTONIO PALOMERO.

DEMI-VIERGE.

(Á UNA... Ó Á MUCHAS.)

Esclavo de la experiencia,
por devota y recogida
el mundo te reverencia...
mas, yo sé bien que es fingida
tu decantada inocencia.
Sé, que en tus noches nefandas
su fuego al amor demandas
sufriendo horrible calvario,
entre las frías holandas
de tu lecho solitario,
y á tus miembros ateridos
el calor prestarles quieres
de tus sueños atrevidos,
sedienta de esos placeres

que te fingen los sentidos;
que á la castidad forzada,
por leyes necias ó impías
de una sociedad taimada,
tiembla tu carne abrasada,
con furiosas rebeldías...
Sí, eres virgen... mas no pura
que en esa odiosa clausura
de tiránicas ñoñeces,
es estéril tu hermosura,
que marchitas y envileces.
El libre arroyo en su huida,
frescura esparciendo y vida
recorre el valle lozano,
pero el agua detenida
forma el inmundo pantano...
Mentira son tus pudores,
tu inocencia, tus sonrojos,
pues tus carnales antojos,
de sí mismos delatores
se te escapan por los ojos.
Mentira es esa ferviente
devoción de penitente
que tanto te lisonjea:
¡y aun te imaginas creyente,
desdichada Melibea,
cuando ese cielo entrevisto
dieras con tu fama y nombre
por los brazos de Calisto,
y en la desnudez del Cristo
sueles adorar al hombre!...
¡No! si piedad vacilante
hacia el templo te encamina,
no busca á Dios tu anhelante
corazón, busca... ¡un amante!
¡la iglesia es tu Celestina!...

RAMÓN GODOY Y SOLA.

LOS EXPLOTADOS.

El maquinista.

En pie sobre el suelo acerado de la locomotora, repartiendo con mano segura y experta vida y calor, y movimiento á aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela; atento á las oscilaciones del manómetro y á las exigencias del regulador; combinándolo todo, midiéndolo todo, previniéndolo todo, está el maquinista del tren en marcha con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre vestido con una blusa azul recogida en desiguales pliegues, sobre unos pantalones del mismo color; robusto de cuerpo, con el rostro ennegrecido por el humo, las manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y el aire; aquel personaje, en cuya existencia reparan apenas los viajeros, es el dueño del tren que resbala apresuradamente sobre los rails; á su voluntad y á su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe, una maniobra mal hecha, el menor descuido, la más pequeña falta, pueden convertir la mole obediente y bien equipada, el medio de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastres y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se le esconde la responsabilidad que de su oficio emana, camina el maquinista por la vía adelante, inaccesible al sueño, á la distracción y al cansancio; azotado por la lluvia cuando las nubes se desatan en agua; sacudido por el huracán cuando el trueno rugen en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte; tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno, para achicharrarse por todas partes á la vez en el verano; recibiendo el beso frío de la escarcha, el hálito entumecedor de la nieve, la caricia asfixiadora del sol y el brusco manotazo del vendaval; firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las noches oscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber, porque es á un tiempo mismo capitán y piloto de aquel buque que navega en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie ó casi nadie repara, y á quien yo he visto ganar leguas y leguas, envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta, y avaro de recorrer el trayecto, á cuyo término le aguardan una vivienda humilde, un lecho blando y unos brazos de mujer que se abren, cuando él llega á su encuentro, de par en par.

Así va y viene un día y otro por la misma ruta, con la misma máquina, con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas; el esfuerzo diario nada representa para él, nada representa tampoco para los otros; él está acostumbrado á realizarlo, los otros á vérselo realizar, y él y su tarea entran en la serie no interrumpida de faenas y de seres extraordinarios, transformados por la costumbre en insignificantes y vulgares.

Pero entre tantos días llega uno en que, mientras la máquina arrastra por los rails vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha vía que se extiende delante de sus ojos, avanza, si el suceso ocurre de noche, un farol encarnado, á cuya espalda se dibuja una masa confusa y negra; si el suceso ocurre de día, esa misma masa confusa y negra, coronada por una nube de vapor. Es otro tren, otra fuerza igual á la que él encamina y dirige, que se le viene encima con ímpetu salvaje y avasalladora potencia.

¿De dónde procede aquel enemigo imprevisto? ¿Por qué se atraviesa en la marcha de su tren? ¿Quién lo dirige en contra suya? ¿Fue un error de salida? ¿Un aviso mal dado? ¿Una orden mal interpretada? ¿Un telegrama mal entendido?... El maquinista no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. Él no ve más que el peligro inminente, dos moles de hierro, de madera y cobre que avanzan la una sobre la otra con fatal empuje, dispuestas á chocar, á destruirse, á producir desesperación y muerte donde todo era pocos momentos antes vida y regocijo. La catástrofe con sus terribles consecuencias aparece delante del maquinista; y aparece inevitable, porque los trenes están muy cerca, porque no hay medio humano de detenerlos.

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina: él está acostumbrado á tales saltos y puede librar su vida á cambio de algunas contusiones; pero ¿y los viajeros? ¿Y el tren confiado á su pericia? ¿Y el deber, que se le presenta en el espacio con gesto de

mando y ademán imperioso? No; él no puede huir, no puede abandonar la máquina; debe luchar hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia; y no duda, no vacila; el hombre se convierte en héroe; aprieta la manivela con mano firme, hace prorrumpir al pito en gritos de alarma, da contravapor y sigue avanzando, avanzando siempre, mientras el tren contrario avanza también, practicando la misma maniobra y prorrumpiendo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil; las dos locomotoras están á cuatro metros de distancia. Se hace un último esfuerzo... inútil también... Las máquinas chocan con un ruido estruendoso de hierros que se parten, de ejes que se rompen; de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por aquel encuentro brutal, montan los unos sobre los otros, para caer luego de golpe, deshechos, abiertos, á un lado y á otro de los carriles; escúchense por todas partes gritos de angustia, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia...

La catástrofe se ha realizado, el desastre es un hecho.

¿Y el maquinista? Allá en la cuneta de la vía, pálido, ensangrentado, con los miembros rotos, la cabeza aplastada, el pecho abierto y chorreando sangre, esclavo de su deber, muerto junto á su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cegada y la caldera rota, arrojando torrentes de vapor y montones de brasa, últimos latidos de su sangre que se paraliza y de su respiración que se extingue.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos también, que muere sin dejar recuerdos en la memoria de nadie, como no sea en la de aquella mujer, que le espera en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.

J. DICENTA.

LA MUERTE DEL PERIODISTA.

París 1.º de Octubre de 1897.

Un combatiente menos. No un vencido, no. Un soldado en la plenitud de sus fuerzas, en lucha abierta con sus enemigos. Sólo que éstos lo eran en infinito número, la burguesía entera; y él estaba solo, con tres ó cuatro amigos, soldados igualmente y soldados sin armas... Le ha tocado morir en la batalla y ha muerto como mueren los bravos, con soberbia acaso, pero arrogante, desdeñoso y altivo. ¡Morir! ¿Qué más da? Los impulsos del asco en un estómago vacío... esos sí son dolores.

Amaneció el domingo, un día claro, espléndido, después de muchos días de lluvia, tristes y mortecinos, la semana sin pan de los pobres trabajadores de la idea. Y La Villoyó se levantó aquel día sonriente y esperanzado, seguro de sí mismo. Había llegado al domingo, ¡estaba salvado! Bien se lo decía el resplandor del sol, que á borbotones se le metía en casa tachonando de luz las desnudas paredes.

¿Qué hora será, á todo esto? Un reloj, un relojillo cualquiera; los hay tan baratos que es descuido inconcebible no tener uno. Hay momentos en que no es posible dominar la impaciencia por saber la hora. Esta mañana, por ejemplo. ¿Habrá llegado ya el cartero? Porque venir, sí viene. ¡Oh madre! Tú no niegas auxilio al hijo que desesperado te suplica. Quédate para el padre la dureza de corazón, incrustada en orgullo, en autoritarismo, en humana simpleza. Tu carta sí es segura. ¡Cómo se habrán estremecido tus entrañas al escuchar la voz desgarradora de tu hijo que perece de hambre mientras vosotros estáis hartos! Esperemos las ocho.

Los tres cuartos... Ya no me acordaba de esa torre de Val-de-Grace, mi vieja vecina, mi vecina de veinte años, que suena para mis alegrías aguzando su voz de bronce con repiques de gloria. Vamos arriba.

Y La Villoyó se levantó y acicaló y compuso. Ropas ya rapadas, sin duda, pero puestas con elegancia, bien olientes, los botones completos, bolsillos sin pelusa, pantalones sin el fleco deshilachado de la vejez no limpia. ¿La mano de una mujer, acaso? ¿De una mujer amante?

Suenan las campanas de Val-de-Grace, esta vez enteras y solemnes, con su voz grave. Diez campanadas. La Villoyó vuelve la cara hacia el espejo y se ve pálido. Aquellas campanadas le han golpeado en lo más escondido del pecho. Llamaron sin duda; llamaron cuando estaba durmiendo. Y la carta estará abajo, en la portería. No hay más que ir á buscarla. Bajar al instante, bajar corriendo, animoso, resuelto... Y subir luego lentamente, sin fuerzas, desfallecido, muriente... ¡Oh madre! ¿Qué has hecho?

¡Qué dulce es echarse y dormir, dormir siempre, sin cuidarse de la hora! ¡Qué hermoso es el sueño, sin cuidarse de la hora! ¡Qué hermoso es el sueño, sin los terrores de un despertar amargo! ¿Dónde sino en él

están nuestros alcázares de esperanza, de alegría y contento? Echarse, sí, para no levantarse nunca. ¡Tan poco cuesta, tan fácil es lograrlo! Otra vez á la cama! ¿Por qué te levantaste? Y ahora, toma esa droga que en el fondo de un frasco tiente tu sed y se te ofrece para tus ansias de reposo. Ya está... ¡Ya estás dormido!

Y dieron las tres y La Villoyó no venía. ¿No vendrá este domingo? Busca una nueva casa. Quiere ir al campo, á una casita con jardín, donde tenga luz, mucha luz: sol, mucho sol. Donde oiga el cacarear de las gallinas, el cantar del gallo, el pío de los pajarillos agrestes y el zumbido del viento.

Y La Villoyó no vino y yo erré por entre las barracas de la feria, la feria de nuestro barrio, aturdido por los discordantes estrépitos de una música infame, y mareado por las danzas groseras de unos payasos tñebres, eternos y simbólicos, como la multitud imbecil que los mira y aplaude.

¡Pobre La Villoyó! Te has desembarazado de una carga, la has arrojado con la resolución de un varón fuerte.

¿Juzgarte, juzgar tus versos, tus conversaciones, tu prosa? Vanidad, camarada. Muerto, te dan en espectáculo. Vivo, te cerraron el paso. Las columnas de una prensa comprable que no supo reconocerte ni estimarte, se abren de par en par para decir que eras bueno, que eras honrado, que eras un escritor de raza, un laborioso, ingenuo, de corazón muy suave y de alma vigorosa.

Con todo esto, te tuvieron en poco ¡los canallas! Desde la serena región donde flota tu espíritu, puedes tú perdonarlos. Por mi parte, ya que mis fuerzas no lleguen al aborrecimiento—flaco soy, débil para las persistencias del odio—tengo el sabroso, el gustosísimo deleite de despreciar... ¡Y con qué amor desprecio!

I. L. LAPUYA.

Nuestro querido amigo Lapuya ha dedicado las frases que preceden á uno de los proletarios de la prensa, de cuya suerte me he ocupado detenidamente en el número pasado. Hace muy pocos años se suicidó por idénticas razones nuestro malogrado compañero Enrique Maldonado. *Moriturus te salutant*, podemos exclamar todos los que ciframos nuestras esperanzas en la pluma. A la Asociación de la Prensa de Madrid compete tomar en consideración las proposiciones hechas por nosotros.

De *L'Eclair*, de París, tomamos algunos datos biográficos referentes al desgraciado René Le Clerc; tenía 30 años, debutaba en la revista *Plume*. En su mesa encontrábase un artículo escrito para el *Figaro* sobre «El derecho al suicidio» y varios manuscritos de poesías. Del artículo citado extractamos las frases: «El espectáculo del actual dolor universal, sería suficiente para dar una triste opinión al mundo. Júzguese: el 3 de Julio 6 suicidios; el 9, 3; el 11, 1; el 18, 4. ¿Y qué les ofrecía la vida á estos desgraciados? A lo más la satisfacción de las necesidades inmediatas materiales, y esto con tal que estas necesidades fuesen modestas y que la falta de trabajo no les dictara acudir al veneno.» Para concluir, citaré el verso del desgraciado periodista: *Don Juan*.

De l'une à l'autre j'ai passé,
Sans regret comme sans vergogne,
Avec un sans gêne d'ivrogne,
Laissant faire, berçant, bercé,
Toujours buveur du vin versé
Mais, quand mon désir trop pressé
D'aller toujours vite en besogne
Ouvre le corset délacé

De l'une,

Je songe à l'autre, cœur blessé!
Je crois ouïr son doigt qui cogne
A ma porte, et son front glacé
M'apparaît, loin dans le passé,
Comme un reflet très effacé

De lune.

E. B.

CRONIQUELLA.

GÉNERO CHICO.

No sólo los críticos de alto vuelo, *si que también* los revisteros de tres al cuarto que depositan sus defecaciones críticas en las columnas... mingitorias de los periódicos, han dado en la manía de insultar al público porque demuestra sus preferencias á los teatros donde se cultiva la pieza cómica-lírica, abandonando el arte serio, el arte honrado, el verdadero arte, etc., etc...

Claro está que no son oportunos ni el lugar ni el momento para tomar un turno elevado en esa discu-

sión, y, por otra parte, no me creo con bastante autoridad para ello, pues distando mucho de las alturas críticas, disto no menos de A. B. C. CH. y demás iniciales que han arrendado los consumos... de lugares comunes; pero como el tema es de actualidad siempre, me parece muy oportuno dedicarle cuatro palabras.

Estas cuatro palabras, no tan largas como las que aparecen al frente de muchos libros, serán de justificación para el calumniado *género chico*, lo cual no quiere decir que yo defienda ni apadrine el *teatro por horas*... Discutan cuanto quieran los preceptistas, los estetas, los poseedores de la sagrada doctrina artística, cuantos con más ó menos derecho se lamentan de la decadencia literaria de este país, y condenen, si les place, en nombre de la Belleza y del Buen gusto, ese *género* que el público celebra y que da de comer á tanta gente... Yo á la realidad me atengo, y mirando las cosas desde su verdadero aspecto, me permito creer que no hay razón para tan amargas quejas.

Dejando á un lado las razones puramente literarias,

en virtud de las cuales sería discutible la competencia entre un drama de tesis y *Los cocineros*, por ejemplo, vengamos al *actual momento histórico*, y por mucho que adoremos al Arte, forzoso nos será confesar que nada puede exigirse en su obsequio, cuando dejamos abandonadas otras cosas más respetables y *sustantificas*. Se acabó el legendario valor de nuestra raza; aquellos hombres insignes, de generosas iniciativas y viriles entusiasmos, han muerto ya, dejando en su sitio á una generación enteca y miserable, incapaz de *continuar la historia*...; murió también el pueblo que escribía una epopeya cuando le obligaban á escribirla, y en esta espantosa catástrofe nacional hay muy poco que se salve, ó que deba salvarse.

Política, administración, moralidad, energía, fe, valor..., todo eso que los pueblos toman *en grande*, lo tomamos nosotros en *chico*, y con música; y los actos de nuestros políticos y administradores *al uso*; de nuestros enérgicos y valerosos combatientes, de nuestros *grandes hombres*, en fin, son *actos* propios de Es-

lava ó de Apolo, bastante peores que los representados en aquellos coliseos.

¿Qué derecho tenemos para pedir seriedad y honradez al Arte, cuando colaboramos en la obra nacional, que es una obra cómico-lírica?

Si es verdad que cada pueblo tiene el Gobierno que se merece, no es menos cierto que cada país tiene el arte que le corresponde, y así como al lado de Napoleón surge Víctor Hugo, al lado de Azcárraga no puede surgir más que un *currinche*.

Supla la discreción del lector lo que yo no quiero escribir aquí, porque entra en el capítulo de *lo que no puede decirse*, y en ello verá una razón más para justificar el *género chico* que todos combatimos, pero que todos fomentamos.

Reciente está la crisis que ha arrojado del poder á unos cuantos *menores*... ¿Quiénes les han sustituido?... Capdepón, Puigcerver, D. Pío, etc... Un Gobierno *pequeño*, es decir: *género chico*.

GIL PARRADO.



UN «CLICHÉ».

Copia de un cuadro, no sé cuál, que algún pincel trazó, no sé de quién, ha llegado á nuestras manos, no sé cómo, este fotograbado que no sé á punto fijo lo que dice.

Tal vez en él se pinte desenfadada bacanal, quizás el aplauso que premie al vencedor en la carrera ó un episodio de aquellos festivales en que los griegos, más sabios, más humanos que nosotros, al honrar á sus dioses, se honraban á sí mismos, en su hermosura, en su vigor, en su talento.

Descubre el «cliché» carnes desnudas, noble alegría de vivir; eso me basta. ¡Ay! Cuando la inquietud del mañana desaparezca en esa sociedad que es nuestro ensueño, esa carne desnuda y esa noble alegría han de ser los dioses únicos del hombre. Si en loor y en holocausto del dolor infecundo y estúpido se han

fabricado religiones y templos, ¿por qué no tiene el placer su religión, si es el ideal más grande de la vida, si es la vida misma?

ROTUNEY.

CUENTOS DE TODO EL MUNDO.

LA MUERTE DEL DUQUE DE M.***



o he visto á nadie abandonar la vida tan estoicamente como aquel epicúreo. Fué una verdadera despedida de hombre de mundo, imprevista, rápida, discreta. Sin marchitar una flor en las grandes escaleras del palacio, sin romper una rama de los castaños del jardín, ya verdes con sus yemas nuevas, la enfermedad vino á su encuentro suave, cortésmente. Fué cosa de unos instantes que transcurrie-

ron para el duque sin sufrimiento alguno. En una de esas lujosas habitaciones que tienen siempre cierta apariencia de estufas, con sus grandes y soleadas galerías y la dulce tibieza de los caloríferos, una mañana de primavera, el duque comenzó á temblar. Los médicos decían «eso no es nada». La duquesa le lanzaba al pasar con una bocanada de su cigarrillo un breve «eres muy aprensivo» seco y ligero, como el *frou-frou* de su vestido de seda. El, sin responder, se acercaba al fuego, buscaba el sol de Marzo que inundaba su habitación y, demasiado débil ya para salir, permanecía allí temblando bajo sus pieles de zorra azul, escuchando el lejano rodar de los coches y aquel incansante clarinete del puente de la Concordia cuya vecindad le mortificaba tanto. Por fin, después de muchos esfuerzos se acostó.

Sólo entonces empezó á comprender la gravedad de aquella enfermedad tan discreta y tan dulce. En las antecámaras, en las escaleras se comenzaba á hablar de ella. Los médicos más serios se consulta-

el horizonte muy lejos,
en que un vapor azulado
brilla y se extingue al momento,
van los amantes, del alba
la luz húmeda sintiendo;
y enlazados con ternura,
camina á paso lento
por un camino que tiene
el horizonte muy lejos,
entre frescos matorrales
donde alegre ríe el viento.

Porque el amor voluptuoso
los ojos les ha entornado,
no pueden ver cómo el tiempo
prosigue su vuelo raudo;
gozando de cielo y tierra
la belleza y el encanto,
hallan su instante de amores
eterno, pero no largo;
y, un ensueño de otro ensueño
sus sentidos embargando,
no pueden ver cómo el tiempo
prosigue su vuelo raudo,
porque el amor voluptuoso
los ojos les ha entornado.

En el cielo azul, que raya
la golondrina al pasar,
la aurora florece siempre
como divino rosál;
mas no siempre los amantes
la enramada gozarán,
ni siempre oirán á los pájaros
cantando, á todo cantar,
la mañana, que florece
como divino rosál
en el cielo azul, que raya
la golondrina al pasar.

RICARDO J. CATARINEU.

LOS DOS CIEGOS.

En las primeras horas de la mañana, llegaba al patio de la casa de vecindad, mudo, con andar incierto y vacilante, eruido, rígido, con su bastón nudoso pendiente de la mano izquierda y la guitarra terciada al pecho y prendida por grueso cordón de color verde sucio.

Yo conocía de mucho tiempo al ciego. No era alto, ni bajo; más que delgado, flaco, escuálido como una espátula y con un espíritu herrumbroso y agrio y una voz breve, seca y avinagrada, al igual, según dicen, que la voz de Caronte y de las Furias.

Apenas ponía los pies en aquella casa de vecindad,



SOLDADOS TURCOS.

en donde la miseria amontona á centenares de familias en cuartos estrechos, mal aireados y oscuros, una bandada de niños alegres y bulliciosos como pájaros se arremolinaba á su alrededor gritando con voces desaforadas; zahiriéndole, irritándole por artes que están muy lejos de mí, porque voy siendo viejo.

El ciego levantaba colérico y sin chistar su grueso garrote y los niños huían atropellándose, como los gorriones levantan el vuelo al aleteo de la gallina á quien birlan la comida. Luego proseguía sus canciones rasgueando con rabia su guitarra, de la que no podía arrancar un acorde triste ni una nota dulce, siendo éste el instrumento de los tonos retozones, quejumbrosos y melancólicos, de los sentimientos delicados y de las pasiones tranquilas.

Yo contemplaba estas escenas desde la ventana de mi cuarto que miraba al patio, y unas veces jubiloso, contra mi deseo, otras apenado por la rabia impotente que al pobre ciego producían las burlas de las mujeres y el alboroto y la gresca de los chicos, acabé por llamarle un día; y preguntado que fué por mí con solicitud, me dijo apretándome el brazo con esas muestras de exagerado cariño que todos los ciegos prodigan á cuantos creen que han logrado interesar:

Había venido á Madrid á operarse unas cataratas y en Madrid continuaba, porque la operación ofreció fatalísimos resultados.

—Mire usted, continuó. E introdujo el índice de su diestra mano en la horrible concavidad de su ojo derecho, por donde el dedo todo desapareció. Aquel dedo largo, seco y sucio, parecía que le había llegado hasta la masa encefálica. Luego—y volvamos á la vida de nuestro hombre,—lo de siempre: la pobreza al principio; después, la miseria con toda su fuerza, fría, inexorable, fatal.

Todo esto me lo dijo pálido y triste. Sus labios se movían nerviosamente, denotando la agitación de aquella alma sumida en la horrenda noche de unas tinieblas sin fin.

Es natural que los ciegos sientan esas pasiones tan bien determinadas y definidas. En ellos no hay transición en los sentimientos, ni medias tintas en los afectos: ó aman con ternuras de madre ú odian con aborrecimiento satánico. La extensión de sus facultades es corta, porque carecen del sentido que más amplios y poéticos datos ofrece al alma para sus misteriosas labores. De aquí su odio intensísimo cuando odian y su agradecimiento y extremado afecto cuando aman.

El ciego y yo conversamos largo rato. Tenía una inteligencia clarísima, un espíritu culto. Bajo aquel exterior andrajoso, tras de aquellas facciones angulosas y duras se me reveló un alma delicada. Poseía el sentido de la vida, ese sentido que ni es de los corporales, ni puede considerarse como potencia del alma, ni como medio de conocer. Tal vez pudiera decirse que es un punto de vista desde el cual se perciben todas las cosas con singular clarividencia y como ilustradas por un rayo de luz enfocado é intensísimo.

Es este el privilegio de las inteligencias superiores. En el ciego se daba, por lo que más tarde pude observar, un equilibrio completo entre la voluntad y la potencia intelectual; equilibrio que le hacía hermanar en perfecta ecuación el mundo de las ideas con el mundo de los sentimientos: la verdad con la belleza y el bien. Por eso, aquellas facultades enteras, plenas, proclamaban con energía, y á cada paso, las excelencias de la probidad, la honradez, la virtud, la bondad, en una palabra. La bondad, que es la verdad cuando afecta á la inteligencia, y la belleza cuando á la sensibilidad se refiere.

Desde ese día he pensado con insistencia en aquel pobre ciego, flaco, escuálido, sucio, de espíritu herrumbroso y agrio y voz breve, seca y avinagrada; en aquel ciego sin idea de la extensión, ni de la distancia, ni de la luz, ni de los colores, y en mí, que poseo las sensaciones variadísimas, frescas, vívidas de la visión; en mí, joven, sano, alegre y satisfecho de la integridad de mis facultades.

Y me he preguntado mil veces:
¿Cuál de los dos es más ciego?...

JOAQUÍN SEGURA.

¡ABAJO LOS LIBROS!

HAY muchas personas timoratas y cuyo ideal único y exclusivo se reduce á cobrar el cupón, en opinión de las cuales debiera resolverse el problema social construyendo cárceles, Bastillas, Puentes de los Suspiros, Castillos de las Siete Torres, Plomos, Pozos y presidios siberianos.

A tal punto llegan su cobardía y su egoísmo que, no contentos con satisfacer su tranquilidad y beatífico



VENEDORES.

reposo, pretenden acallar el hambre de inteligencia, de progreso ó de estómago que sienten la mayoría de los españoles, cortando la cabeza á los que discurren, suprimiendo el estómago de los que están ayunos. ¡Nada de libros, de periódicos, de revistas, como no estén escritas éstas por el Sr. Alvarez Sereix ó por los Padres Conrado, Muñios y Frutos! Nada de leyes salvadoras que acallen los gritos del hambre y ennoblezcan á los desdichados marcándoles caminos de bienestar! ¡A la cárcel los primeros, á la horca los segundos! Así se acaba más pronto y se molesta menos el caletre.

Quando todos los gobernantes del mundo civilizado, desde el emperador de Alemania al jefe de los radicales franceses, enderezan sus aspiraciones políticas al estudio de los «males del siglo», aquí lo arreglamos muy fácil y muy rápidamente todo encausando, persiguiendo, matando y descuartizando.

Ya ha llegado el caso de perseguir á todo poseedor de libros anarquistas, y aun en esto, la ignorancia, la brutalidad y el servilismo ni siquiera saben llevar hasta el fin las consecuencias lógicas de un sistema opresor y bárbaro. Bibliotecas populares como algunas de Barcelona y de Madrid, por ejemplo *La España Moderna*, ponen á la venta libros, y de los clásicos ó doctrinales del anarquismo, sin que nadie se oponga á ello. Al mismo tiempo se detiene en Oviedo á un catedrático porque posee «libros anarquistas.» Criminal y nefando es ésto; y para curar el cáncer social que nos inmoraliza y acaba, deben los señores gollillas del margen adoptar las siguientes resoluciones:

Quemar la biblioteca del Ateneo.

Aventar las cenizas del Sr. Lázaro, director de *La España Moderna*. Y si llega el caso de decir «Lázaro, levántate y anda», quémeselo de nuevo.

¿Qué día y á qué hora achicharran al hereje de Oviedo?

Conviene saberlo para tomar sitio ó para poner pies en polvorosa.

¿LO HARÁN ELLOS?

Quando estaban los conservadores en el Gobierno, decía *El Correo* continuando la valiente campaña por él emprendida contra los horrores cometidos por las autoridades al aplicar la ley del anarquismo:

«PERIODISTAS PRESOS.—Trece meses de prisión preventiva.—Los Sres. Bas y Socías y Bó y Singla, que sufren hace más de un año prisión preventiva en Barcelona, por haber redactado y publicado unas proclamas al pueblo en sentido autonomista el 22 de Agosto de 1896, con motivo del embarque de tropas para Cuba, nos escriben rogándonos que llamemos la atención pública hacia la difícil situación en que se encuentran, sin otra causa para ello que la realización de un simple delito de imprenta.

Al propio tiempo, dichos señores piden por nuestro conducto que se diga de una vez á qué jurisdicción y á qué ley deben ser sometidos, y en todo caso se adop-

ten pronto las resoluciones consiguientes, cesando así un estado de cosas á todas luces irregular.»

Los conservadores no hicieron nada en favor del justo sentido que inspiraba este suelto del periódico liberal.

¿Lo harán ahora los liberales?

De esperar es que sí.

Sopena de que desautoricen al maestro Ferreras.

Lo cual tendría gracia.

COSAS.

EL DEPENDIENTE

DE

ULTRAMARINOS.

Algunos dependientes de ultramarinos, los de más carácter, los de mayores iniciativas, han concebido el propósito noble y generoso de emancipar á sus compañeros, reuniéndolos en una Asociación que recabe de los explotadores mayor libertad, al objeto de que puedan instruirse y gozar de esa vida que no se acuerda de ellos para sus placeres.

Quiere los dependientes que las tiendas se cierran los domingos á las dos de la tarde y á las nueve de la noche en días laborables. ¡Harto trabajo es el de diez y siete mortales horas cotidianas, para que no goce esa clase de empleados de comercio de unos momentos de solaz y de descanso, que no se niegan ni á los esclavos de los talleres!

Su pretensión es justa. De ella pensamos ocuparnos con mayor detenimiento en sucesivos números. Entre tanto, abiertas están las oficinas de GERMINAL, para recibir las adhesiones de los dependientes que miren con simpatía el pensamiento de una Asociación, previniendo que se guardará el secreto más absoluto acerca de las mismas, ya que es tan grande la opresión que padecen, que se les niega hasta el derecho de quejarse.

Con satisfacción tomamos nota de las crecientes simpatías con que la prensa republicana apoya los esfuerzos nuestros. El prestigioso decano de la prensa de Badajoz, *La Región Extremeña*, acaba de publicar un artículo titulado *Los Republicanos Socialistas*, que dice:

«El núcleo de republicanos antiguos que con tristeza en el alma presenciemos la descomposición de los viejos moldes de la democracia, hemos saludado con regocijo la campaña de la revista GERMINAL, que declaraba querer continuar nuestra labor, completándola en cuanto se refiere á los problemas sociales. Había necesidad de esta campaña, llevada á cabo por brillantes plumas, como Dicenta, Benavente, Salmerón y García, é inspirada por los celebrados propagandistas del socialismo y del librepensamiento, Bark, Fuente, Delorme, Zamacois, Palomero y otros. Ya desde luego está manifiesto que republicanos y socialistas forman un gran ejército unido y compacto, dividido, como todo ejército, en distintos cuerpos, para la más fácil y eficaz acción...»

«Decididamente trátase aquí de una corriente tan original y poderosa como la que nos llevó á la República de 1873. ¿Nos llevará la gente nueva á la República social como pretende?»

Nuestro querido amigo y correligionario, el republicano socialista D. Crescencio Sánchez Esculta, ha sido nombrado miembro de la Junta de fusión republicana de Salamanca, por lo que le felicitamos de todas veras.

Hombres de la fe y el entusiasmo en las ideas que distinguen á nuestro amigo, hacen falta en esos organismos, necesarios á la salud y la redención de nuestra patria.

El sabio orientalista D. Pascual Gayangos, que fué atropellado en Londres por un carruaje, ha fallecido, según anuncia el telégrafo.

El desinterés con que dedicó su larga vida á estudios tan abstrusos como interesantes, mientras otros

muchos, sin sus talentos, asaltaron los primeros puestos en las nóminas del Estado, le hacen acreedor al respeto y la estimación de su patria.

GERMINAL se complace en consignarlo así, llorando la muerte del ilustre sabio.

Ha regresado á esta corte de sus excursiones artísticas por Andalucía y Cataluña, nuestro querido amigo el laureado pintor D. Manuel Ruíz Guerrero, cuyos hermosos trabajos ilustrarán en breve las columnas de GERMINAL.

Hemos tenido el gusto de saludar en esta Redacción á nuestro querido amigo y colaborador Santiago Valentí Camp, que ha llegado á Madrid procedente de Barcelona.

Nuestro querido compañero de redacción Eduardo Zamacois, honrará en breve nuestras columnas con las primicias de su novela *El Punto-Negro*, ya en prensa.

Razones de fácil adivinación nos vedan los elogios; permítansenos decir, á pesar de ellas, que el público de GERMINAL recibirá agradable sorpresa.

AVISO IMPORTANTE.

La Redacción y Administración de esta REVISTA, se han trasladado á la calle de la Libertad, núm. 29, donde se dirigirá toda la correspondencia.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Advertencia importante.

Rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales, se sirvan remitir á esta Administración el importe de sus descubiertos á correo seguido, si desean evitar retraso en el envío de los números.

Mataró.—D. R. P.—Le remito los ejemplares que pide.

Villarramiel.—D. P. P.—Le doy de alta como suscriptor desde el núm. 22 por un año, como desea.

Aveyrón.—D. B. S.—No ha dejado de enviársele el número. Diga los que le faltan para remitírseles. Tomada nota de las nuevas señas.

Valdepeñas.—D. T. L.—Recibidas 5 pesetas en libranza que le abono en cuenta. Hecho el aumento que solicita.

Melilla.—D. P. O.—Se le remiten los números publicados, excepto el 1.º que irá cuando se haga nueva tirada. Queda dado de alta como suscriptor. Recibida libranza por pesetas 4; para el pago de los dos trimestres precisa mande 1 peseta más.

Alcoy.—D. M. E.—Recibida libranza por pesetas 8,26 que le abono en cuenta. Le he remitido los números atrasados que pide. Cumpliendo, no abrigue temores.

Sabadell.—D. A. M.—Recibida 1,50 pesetas en sellos que le abono en cuenta. Hecho el aumento al paquete.

Vendrell.—D. L. M.—Recibida su carta é importe de suscripción pagada hasta el 31 de Diciembre próximo. Se le envían los números desde el 22.

Barcelona.—D. P. C. L.—Recibida su carta é importe suscripción, pagada hasta el 30 de Septiembre anterior. Se le sirve desde el núm. 11. Sirvase decirme su nombre.

Logroño.—D. H. Z.—Recibida 2 pesetas para pago de ejemplares que le abono en cuenta.

Alicante.—D. A. M.—Recibida 1,70 pesetas que le abono en cuenta. Se hará su encargo.

Alcoy.—D. F. Ll. P.—Recibidas 7 pesetas que le abono en cuenta. Le remitiré los números que pide. De los ejemplares sobrantes puede repartir una mitad y devolverme los restantes.

Almendralejo.—A. A.—Recibidas 4 pesetas que le abono en cuenta. Le serviré los números que pide.

Sevilla.—D. J. R. T.—No hay inconveniente en mandarles los 50 ejemplares mensuales que desea, mediante el pago mensual adelantado.

Cartagena.—D. G. R.—Se le mandarán 25 ejemplares semanales como desea, agradeciéndole sus buenas intenciones, y en vista de que por la mucha distancia no pueda adquirírlos del corresponsal.

EL ADMINISTRADOR.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: LIBERTAD, 29

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid....	{ Trimestre.....	2	pesetas.
	{ Año.....	7	—
Pr. vincias..	{ Trimestre.....	2,50	—
	{ Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año.....		15	—
Número suelto.....		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

«DE UN PERIODISTA»

POR

RICARDO FUENTE

CON UN PRÓLOGO DE

JOAQUÍN DICENTA

Un tomo de 224 páginas, 2 pesetas.

De venta en esta Administración.

Acaba de publicarse:

LA REPÚBLICA SOCIAL

CARTILLA POLÍTICA DEL PUEBLO

FOLLETO DE ACTUALIDAD á 25 céntimos.

- I. Deberes y derechos del ciudadano.
- II. El Programa de la República.
- III. Los Presupuestos nacionales.
- IV. La Revolución Social.

Los centros populares pueden adquirir 200 y más ejemplares á 10 céntimos

en la Administración de GERMINAL.

- Ernesto Bark;** biografía, por Francisco Macein.
- Las Escuelas Socialistas;** por Rafael Delorme.
- La Hacienda de la República Social;** por Ernesto Bark.
- El Ministerio del Trabajo;** por I. L. Lapuya.

OBRAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS.

<i>El misticismo y las perturbaciones del sistema nervioso.</i> —(Un tomo).....	1
<i>Humoradas en prosa.</i> —(Un tomo).....	2
<i>Consuelo</i> (novela).—(Un tomo de 415 páginas)..	3

Se venden con el 40 por 100 de descuento, en esta Administración.

PREPARATORIA MILITAR

DIRECTOR

DON EMILIO PRIETO VILLARREAL

Calle de Fuencarral, 6, pral.

Honorarios: 25 pesetas al mes